

Ideología de Bernardo Monteagudo (1).

"L'histoire est un art autant qu'une science..." "Renan" (2).

"... Y veo que un solo individuo es tan diferente de sí propio según las circunstancias como lo es de los demás en razón de su variá organización." "B. Monteagudo" (3).

I. Educación. — II. Sentimiento de patria. — III. Nacionalismo. — IV. Ideas sociales. — V. Aparentes desarmonías. — VI. Optimismo. — VII. Pasión dominante. — VIII. Estilo de Monteagudo.

Una de las figuras más interesantes de nuestra gesta revolucionaria es sin discusión la de Bernardo Monteagudo. Figura sombría y contradictoria para muchos, altiva y vidente para pocos, "romántica" y legendaria para todos. Figura que aun no ha sido definitivamente estudiada en sus diversas fases, porque sólo ahora comienza a investigarse en nuestro pasado histórico con el criterio que pedía Tácito, pues los cronistas políticos y militares que los hubo y algunos óptimos, fueron al mismo tiempo actores en la fresca lucha para ser ecuanímes; y aun en el campo del arte, por sus fueros de suyo desinteresado, observamos que aquel patriarca de nuestra historia literaria que se llamó Juan María Gutiérrez nunca logra dominar su encono contra la madre España y adquirir, por tanto, la deseada imparcialidad cuando juzga la

(1). Este sería el primer capítulo de un estudio integrado con la personalidad de Monteagudo en su acción política de estadista y revolucionario.

(2). Estudio sobre "Augustin Thierry".

(3). "Causa de las causas", "Gaceta de Buenos Aires", diciembre 20 de 1811.

genesis y desarrollo de la gaya ciencia, sobradamente enaltecida por independencia y espíritu patrióticos.

Ha llegado el momento de que se pongan en claro en una serena revisión de valores éticos, estéticos, históricos y científicos las sombras de nuestro pasado, algunas ya justa o injustamente consagradas, y otras que dormitan esperando la mano piadosa que las despierte a la ganada gloria.

Un admirable pensador catalán dice: "No cantes nada, no exaltes nada, no mezcles nada, define, cuenta, mide" (4); ahí muy bien se expresa, aunque quizá un tanto fríamente, el afán de nuestra época por adueñarse de la verdad, muchas veces, añadiría yo, con aquel anhelo que Renan — espíritu exquisito de "transición", fluctuante entre dos mundos el del sentimiento y la ciencia — sintetiza en el Acrópolis de Atenas ante la belleza absoluta (5).

Investiguemos en nuestro pasado, vuelvo a repetirlo, para tener conciencia y pensamiento en el presente; sin sujetar, por cierto, las generosas fuerzas de la raza en el antojadizo y exclusivo criterio económico y la acción de nuestros héroes dentro de métodos biológicos, pacientemente preconcebidos e idealmente — aunque se trate del positivismo y parezca paradoja — realizados (6).

Dichas estas palabras, quizá un tanto copiosas, reanudaré la presentación de Monteagudo (7). Desde su nacimiento, acaecido según todas las probabilidades en San Miguel de Tucumán en 1785, hasta su muerte en el 28 de enero de 1825, se dilata una vida llena de cambios y zozobras, de esplendores y tinieblas, trá-

(4). Xenius, "La Bien Plantada".

(5). "Cette inquiétude d'esprit qui, quand le vrai est trouvé, me le fait chercher encore."

(6). Casualmente nuestro Monteagudo fué juzgado y analizado por el doctor Ramos Mejía en sus "Neurosis", — talento superior que no logró libertarse, como lo hace notar Ricardo Rojas: prólogo a las "Obras Políticas", de Bernardo Monteagudo, B. A., de las novedades europeas, como un caso clínico, interesante por cierto bajo su "escalpelo determinista".

(7). Me abstengo de escribir su biografía porque ésta se halla minuciosamente relatada entre otras obras en la de M. Pelliza: "Vida y escritos de Monteagudo" (1880), y de C. L. Fregeiro: "Monteagudo" (1879), y, por tanto, no haría más que repetir lo que ellos dijeron, pues no podría llenar lo que omitieron por falta de textos paleográficos.

gica siempre cual si un destino tremendo pesase sobre su agitada existencia, pero también por su misterio — en muchas de sus páginas y sobre todo en la última de seguro jamás descifrable — grande, hermosamente grande, así como las cumbres de su nativo Aconquija que el viajero contempla coronadas de niebla (8).

I

La famosa Universidad de Córdoba, fundada con el nombre de "Colegio Máximo" en 1613-14 (9), fué el centro de cultura más vasto de nuestra época colonial; influye poderosamente en la sociedad de aquel entonces, pues conquista, al par que corazones con el acento persuasivo del hijo de Loyola, cerebros. Racional era el método de enseñanza; Santo Tomás prepondera allí con su ilustre "Summa" como numen solemne de la premisa y del silogismo. Interesantes por cierto, dentro de un criterio estrictamente histórico, las disciplinas que en ella se cursaban: todas de esencia teológica y expresadas, oficialmente, en un idioma que mató con el andar del tiempo — en ese nuestro único foco cultural — el valor del romance castellano y mecanizó entendimientos al vaciarse, trabajosamente, en dicha forma, "sermo eruditus", impresiones intelectuales o emotivas. La lógica, física y metafísica aristotélica, retórica y teología fueron la médula de la enseñanza, y ésta concluyó por cristalizarse con principios fijos e inmutables. En determinada época se ofrecieron títulos de doctor en jurisprudencia (1791-97), siempre después de haber cursado, "utroque juris", las arduas disciplinas teológicas. Los jóvenes de la generación de Mayo, formados en ese ambiente guardaron, como forzosamente debía suceder, cierta timidez en su fisonomía moral y una retórica ampulosa en su estilo, que no lograra encender el fuego que dentro de sus pechos ardía (10).

La Universidad de Chuquisaca en cambio se distinguía por la

(8) Esta figura de Monteagudo, de enjundia épica por sus infortunios y altiveces, pudiera tentar a nuestros dramaturgos y poetas si éstos "a priori" no desecharon por la "sirena cosmopolita" el virgen filón nativo.

(9) J. M. Garro, "La Universidad de Córdoba", 1882.

(10) Un ilustre argentino hace notar la influencia de la escolástica y el silogismo en los hombres discutidores y ergotistas de nuestra revolución de Mayo. N. Avellaneda: "Gutiérrez y los anales de la Universidad".

liberalidad de su enseñanza, y a fines del siglo XVIII por el aire nuevo que logra entrar por sus puertas.

Moreno, antorcha fulgurante de nuestra revolución, se gradúa — así como Castelli — en Chuquisaca, y Monteagudo, continuador de su acción y su idea, también allí recibe la insignia del doctorado en “noticias de las cosas divinas y humanas” (11). Su educación clásica estaba alimentada por Cicerón, Tácito, Polibio. . . , y la moderna por el gran maestro de nuestra democracia Rousseau, por Voltaire y los enciclopedistas en general, que, como luego veremos, influyen hondamente en su manera de sentir y pensar. En el 3 de junio de 1808 lee su tesis doctoral que versa sobre el “Origen de la sociedad y sus medios de mantenimiento”. En ella discurre acerca del atributo divino de los reyes y de la soberanía española que, por lo supuesto, se debe respetar y acatar. Profundamente me ha sorprendido este su primer trabajo, inexplicable despropósito conociendo su educación liberal y su próxima iniciación revolucionaria en esa misma Chuquisaca y luego en La Paz, y que tan duras cárceles le costara (12).

II

Es sumamente interesante considerar la evolución del “sentimiento de patria” al través de la época colonial y de los hombres representativos de la generación de Mayo. Nuestra conquista no ofreció, como sabemos, desvanecido el misterio secular, mayor interés a los insignes aventureros españoles, por la carencia de minas de oro y plata, tan fecundas en Méjico y Perú,

(11): Hubo discrepancias al respecto que comenta Pelliza; según Muñoz Cabrera recibió la enseñanza superior en la U. de Córdoba, Gutiérrez sustenta la misma idea, pero aquel los rebate con la copia del título donde consta el valimiento de Monteagudo de maestro en leyes en 1808.

(12). Estos datos citados por Pelliza y Fregeiro los recojo, por tanto, de segunda mano. Me atrevo a poner en duda la veracidad del susodicho documento, no incluido en la edición de sus obras, al menos en las que yo he frecuentado, pues pareceme tan extraño, por no decir imposible, que escribiera lo que dicen escribí poco más de un año antes de enviarle la carta, fechada en La Plata el 27 de agosto de 1809, al doctor José Antonio Medina, en la que ya aparece el revolucionario henchido de proyectos y sediento de mudanzas. Esta carta se halla incluida en la edición de la B. A. Director: R. Rojas. *op. cit.*

y por la situación geográfica de la comarca, distante del núcleo matriz en el hollado imperio incaico (13).

La riqueza soñada estaba en la tierra, madre fecunda y generosa, una vez removida en el surco y bañada con el aliento del trabajo. Los jefes conquistadores si en ella se detenían y echaban el plantel de futuras ciudades, lo hacían como aves de paso. Así es que los cronistas de nuestra primera época colonial, aun arraigados en el nuevo ambiente, débilmente reflejan la nueva patria (14). Para ellos el soberano resume ese concepto, subordinándose a él la inmediata visión territorial o el apego al solar local. En Ruy Díaz de Guzmán (15), por su origen criollo y por la mezcla de sangre española e indígena, recién asoma dicho sentimiento; en él palpita un concepto de patria más amplio que el vertido en el símbolo de la realeza española: siente la tierra paraguaya que sustentó su cuna y el "indianismo" que bebió en labios de su madre, Ursula de Irala. Luis de Tejeda (16), criollo, también experimenta, como lo hace notar Ricardo Rojas, igual anhelo referido a la ciudad natal. Y el Inca Garcilaso de la Vega (17), que tuvo influencia entre los hombres de Mayo, recoge con noble simpatía la tradición oral de su ascendencia materna, comenta el mito legendario de su estirpe y el ambiente de su querida ciudad cuzqueña, y ese su sentir lo vuelca en un florido y sabroso castellano.

Cómo el sentimiento de la tierra resumido en la ciudad natal (18), fué ganando todos los corazones, y cómo al pesar el pre-

(13). Por eso faltó la gran figura de poeta o historiador que reseñase la conquista y sus vicisitudes. Tenemos que contentarnos con la crónica gris y aburridora del Arcediano Barcos Centenera. (Ed. de la Junta de Historia y Numismática; estudio de R. Rojas en "La Nación" de octubre 3 de 1916), y admitirla malgrado sus defectos como monumento épico; el bendito Arcediano tuvo un mérito que la posteridad debe reconocerle: fué nuestro Bautista —, y en el camino de lo relativo reconocer a Ulrich Schmidel ("Viaje al Plata", ediciones de la Junta de Historia y Numismática, estudio de Mitre), un émulo más o menos bien intencionado de Julio César.

(14). R. Rojas, "Actas Capitulares"; Jiménez de la Espada, "Relaciones históricas y geográficas".

(15). "Argentina", prólogo de P. Groussac, "Anales de la Biblioteca", tomo IX.

(16). "Peregrino en Babilonia", ed. de la B. A. Director: R. Rojas.

(17). "Historia general del Perú", ed. española de 1808.

(18). J. A. García en "La ciudad indiana", al referirse al pre-

dominio exigente del gobernante español hubo más vastas perspectivas de patria, solidarizándose con el indígena errante y desposeído y con la solar tradición de su raza, es muy interesante estudiarlo (19) (20).

La revolución estalla: el varón fuerte olvida su inmediata tradición afectiva colonial, echa una mirada en el pasado precolombiano y el poeta canta:

Se conmueven del Inca las tumbas (21).

.....

¿Cuál fué el sentimiento de patria en Monteagudo? No como el de Saavedra, el Deán Funes y Rivadavia, se circunscribió a la ciudad que lo vio nacer, no el de Moreno que volaba fulgurante por todo el virreinato, sino como el de San Martín y Necochea en la región austral, Bolívar y Sucre en la ecuatorial, era el de una patria americana. Lo que éstos realizan en la acción militar, aquel lo realizó en su propaganda ideológica, y nada

ceso de dicho sentimiento en el hombre colonial, así se expresa: En su concepto la patria es su ciudad. Era el concepto antiguo y clásico que se amoldaba bien con las condiciones geográficas y políticas del país".

(19). Ricardo Rojas ha demostrado este tópico en sus libros "Blasón de Plata" y "La Argentinidad".

(20). Es curioso observar esta simpatía creciente en el "Siripo" de Labardén — representado por vez primera en la "Casa de Comedias de la Ranchería" en el año 1789 — en más de una escena de las conservadas y, sobre todo, en aquel diálogo que caigo en la tentación de transcribir: Siripo contesta al capitán español,

"Las manos, con las armas ocupadas,
De amigos nunca habéis podido darnos,
Y las altas almenas de los fuertes
Asombran la humildad de nuestros ranchos.
Los nombres en señal de señorío
Habéis a nuestras cosas ya mudado:
El pariente del mar, Paraná grande,
Es Río de la Plata; el rico lago
Apupen, ya se nombra de Santa Ana.
Porque a Sancho del Campo le agradaron
Sus buenos-aires, este nombre llevan
Las fértiles orillas..."

"Siripo", "Antología de poetas argentinos", Director J. de la C. Puig, tomo II.

(21). Como se comprenderá no puedo en esta ocasión reseñar el proceso ideológico de los hombres de Mayo, que aclararía en tal respecto el concepto social que tuvo Moreno, después de contemplar, durante su educación en Chuquisaca, la expoliación indígena en las minas peruanas, y luego en una de sus fases la política de Belgrano cuando se pretendía coronar en el Río de la Plata a un descendiente de Atahualpa.

de lo humano, como en el verso clásico, fuéle indiferente desde la lejana Caracas hasta el río de la Plata. Su ideal era vastísimo, y "para no vivir en vano" tuvo energías templadas en la lucha sin tregua, que sólo una muerte traidora pudo segar. Oigámosle un instante: "... Yo no renuncio a la esperanza de servir a mi país, que es toda la extensión de América" (22). Cuando el grito que lanzó Caracas fué acallado por la fuerza, Monteagudo, desde la tribuna de la "Sociedad Patriótica", conmueve al auditorio con su verbo henchido de amor continental; en un párrafo dice así: "¡Murió Caracas! ¡Ya no existe la confederación de Venezuela!, y en lugar de los cantos de libertad que entonaba ayer, hoy arrastra un luto fúnebre y doloroso, que retrata expresivamente la amargura de un pueblo, que en un abrir y cerrar de ojos pasó de la servidumbre a la libertad, y luego, de la independencia a la esclavitud" (23). Y como un nuevo cruzado desearía salvar la distancia y unir en un mismo abrazo fraternal a los dos pueblos.

Si penetramos en su sentimiento de patria, observamos cierta simpatía que aquí y allí se insinúa por la raza expoliada por el conquistador. En cierta ocasión discurre: "Firmeza y coraje, mis caros compatriotas: vamos a ser independientes o morir como héroes, imitando a los Guatimozines y Atahualpas" (24). Desea solidarizar la gloria y el infortunio de la generación presente con el nativo abuelo americano: "En fin, las armas devastadoras del rey católico inundan en sangre nuestro continente; infunden terror a sus indígenas; los obligan a abandonar su domicilio y buscar entre las bestias feroces la seguridad que les rehusaba la barbarie del conquistador" (25).

En un escrito titulado *Patriotismo* (26), expresa lo que dicho vocablo es para la mayoría de la gente: algo así como un hábito más o menos arraigado, que no les impide "seguir viendo la vida, que no es lo mismo que vivir", pero que cuando

(22). "Memoria".

(23). Arenga pronunciada en la sesión de la noche del 12 de enero de 1812, "El Grito del Sud", enero 19 de 1813.

(24). "Gaceta de B. A.", enero 24 de 1812.

(25). Oración pronunciada en la apertura de la "Sociedad Patriótica" la tarde del 13 de enero de 1812, "El Grito del Sud", noviembre 10 de 1812.

(26) "Gaceta de B. A." enero 3 de 1811.

realmente se les requiere "patriotismo" en la acción o en la idea, se resisten — egoístamente "alegres y confiados", hoy diría un español ilustre, — porque ofrecerlo no entraba en sus cálculos sentimentales.

III

Aun observamos algo más interesante en su visión y amor de patria, un anhelo "nacionalista", que trató de imponerlo en aquel entonces, su generación inmediata y mediata lo olvidó, y que hoy — al través de un siglo, ¡es triste confesarlo!, de cosmopolitismo, de instituciones e ideas exóticas trasplantadas en nuestro medio, — todos pugnamos porque de nuevo renazca, se alce para siempre, e independice nuestros mercados del tiránico interés extranjero y nuestros cerebros de mentirosas culturas. El ilustre argentino hace más de cien años exclamaba: "Yo no puedo menos de execrar a esos aturridos razonadores, que discurrendo por los principios de una filosofía inexacta, no encuentran sino vicios que reprender, asegurando con una presuntuosa impudencia que nuestro carácter es inconsistente, mezquino y egoísta, y concluyendo que sin auxilio ajeno somos incapaces de todo" (27). Varias veces repite que "la incertidumbre del éxito no pende de una causa necesaria y extraña, sino de nosotros mismos..." (28), o ya que "la suerte de América también pende de nosotros mismos..." (29).

Cuando la experiencia para él amarga le enseñó lo que era el mundo y las pasiones de los hombres, escribe su *Memoria* (30), tan impregnada de socrático estoicismo, tan alta y tan noble, donde revela en toda su plenitud el sentimiento nacionalista que vengo analizando, y la fe en su tierra indiana. "Este escrito, dice, sea cual fuere su mérito, vivirá más que yo, y cuando las pasiones contemporáneas hayan callado en la tumba, espero que se hará justicia a mis intenciones; ellas son las de un

(27). "Pasiones", "Gaceta de B. A.", enero 10 de 1812.

(28). "Patriotismo", "Gaceta de B. A.", enero 3 de 1811.

(29). "Reflexiones políticas", "Gaceta de B. A.", enero 24 de 1812.

(30). "Sobre los principios políticos que seguí en la administración del Perú, y acontecimientos posteriores a mi separación". Quito, marzo 17 de 1823.

realmente se les requiere "patriotismo" en la acción o en la idea, se resisten — egoístamente "alegres y confiados", hoy diría un español ilustre, — porque ofrecerlo no entraba en sus cálculos sentimentales.

III

Aun observamos algo más interesante en su visión y amor de patria, un anhelo "nacionalista", que trató de imponerlo en aquel entonces, su generación inmediata y mediata lo olvidó, y que hoy — al través de un siglo, ¡es triste confesarlo!, de cosmopolitismo, de instituciones e ideas exóticas trasplantadas en nuestro medio, — todos pugnamos porque de nuevo renazca, se alce para siempre, e independice nuestros mercados del tiránico interés extranjero y nuestros cerebros de mentirosas culturas. El ilustre argentino hace más de cien años exclamaba: "Yo no puedo menos de execrar a esos aturdidos razonadores, que discurrendo por los principios de una filosofía inexacta, no encuentran sino vicios que reprender, asegurando con una presuntuosa impudencia que nuestro carácter es inconsistente, mezquino y egoísta, y concluyendo que sin auxilio ajeno somos incapaces de todo" (27). Varias veces repite que "la incertidumbre del éxito no pende de una causa necesaria y extraña, sino de nosotros mismos..." (28), o ya que "la suerte de América también pende de nosotros mismos..." (29).

Cuando la experiencia para él amarga le enseñó lo que era el mundo y las pasiones de los hombres, escribe su *Memoria* (30), tan impregnada de socrático estoicismo, tan alta y tan noble, donde revela en toda su plenitud el sentimiento nacionalista que vengo analizando, y la fe en su tierra indiana. "Este escrito, dice, sea cual fuere su mérito, vivirá más que yo, y cuando las pasiones contemporáneas hayan callado en la tumba, espero que se hará justicia a mis intenciones; ellas son las de un

(27). "Pasiones", "Gaceta de B. A.", enero 10 de 1812.

(28). "Patriotismo", "Gaceta de B. A.", enero 3 de 1811.

(29). "Reflexiones políticas", "Gaceta de B. A.", enero 24 de 1812.

(30). "Sobre los principios políticos que seguí en la administración del Perú, y acontecimientos posteriores a mi separación". Quito, marzo 17 de 1823.

americano, las de un hombre que no es nuevo en la revolución y que ha pasado por todas las alternativas de la fortuna en el espacio de catorce años". Luego estudia las instituciones políticas del viejo mundo, trasplantadas en otro suelo, en otro ambiente y cultivadas por otros hombres, circunstancias que en la realidad precipitan su irremediable fracaso (31); pide seriedad de juicio, conocimiento de lugar y, con visión de estadista, expresa: "Cuando un gobierno empieza a existir por sí solo, su situación respecto a los que ya se hallan establecidos, es la más desventajosa y desigual, tanto en la paz como en la guerra: esta es la lucha de un ser recientemente organizado, con otros que han llegado al colmo de su robustez (32).

IV

Nuestros revolucionarios educados en el ambiente liberal de Chuquisaca, conocieron y amaron profundamente las obras de los filósofos franceses (33); Montesquieu y Rousseau les

(31). "Por desgracia, no sólo entre nosotros, sino también en Europa, hay un gran número de periodistas exaltados que alarman la multitud inflamándola en deseos que no puede satisfacer: algunos extienden su imprudencia hasta el extremo de dar planes de reforma para el Nuevo Mundo, desde las márgenes del Támesis o del Sena: los motivos de su celo pueden ser plausibles, pero sus efectos nunca serán saludables porque ignoran el pormenor de nuestra situación y acomodan sus principios a las circunstancias que ellos imaginan de antemano", "Memoria", op. cit.

(32). Recuerdo que Nicolás Avellaneda desenvuelve en una carta dirigida al doctor Vallejo, sobre la personalidad de Sarmiento, las mismas ideas clarividentes de Monteagudo; en una de sus párrafos dice así: "...Sarmiento no ha necesitado, sin embargo, vivir muchos años para ver cuán frágil es una organización política que sólo se apoya en la sabiduría extraña. ¡Ah! cuántos como aquel guerrero de Ossían, al tender los brazos en las tinieblas, sólo encuentran los huesos de sus antiguos compañeros!... He puesto delante de sus ojos nuestras crisis y desgarramientos de ayer, de hoy; nuestros hombres doblados y las heridas abiertas, sin cicatrizar, y he podido decirle: luego entonces, señor Sarmiento, los pueblos no se constituyen en un solo día, y es falso que baste repetir una ley extraña para apropiársela con su jurisprudencia, con su doctrina, que la hacen ley viva allí donde ha surgido, sin copiar ajenos modelos como un producto de los hombres y las cosas".

(33). Muchas de estas obras "prohibidas" fueron gustadas fuertemente en bibliotecas particulares, como lo fué la "indiscreta" del canónigo Terrazas.

abrieron vastas perspectivas y les hicieron sentir, conscientemente, el peso de su infortunio ciudadano (34).

Moreno traduce el Contrato Social y esparce por el virreinato chispas de esa hoguera (35).

Monteagudo cree entonces con fe apostólica en la verdad de la democracia; enseña que el derecho cívico debe alzarse como una convención sagrada sobre el derecho natural y fustiga apasionadamente a los que lo violaron, gobernantes o gobernados: "... Sabed que no es menos tirano el que usurpa la soberanía de un pueblo que el que defrauda los derechos de un solo hombre..." (36).

Sabemos que en el Río de la Plata nunca arraigó la aristocracia de la sangre, como abismo social denigrante y excluyente. El escenario no se prestaba para ello, pues nosotros nacimos, dice el doctor Juan A. García, con el "instinto del negocio", del negocio mercantil que tanto democratiza y ciñe en un mismo lazo el escudo heráldico y la azada del agricultor. En el Pacífico fué otra cosa; allí afluían los títulos nobiliarios de España, allí había una corte, según las crónicas, fastuosa, y por supuesto cortesanos despreciadores del vil plebeyo y expoliadores del brazo ajeno.

Monteagudo contempla, desde una ventana de la Universidad de Chuquisaca, ese estado social esencialmente aristocrático, y con ello alimenta un tanto el mundo de sus abstracciones igualitarias; he ahí, pues, el origen "real" de su indignación democrática y del reto viril de sus ideas, que, según su frase—

(34). "Los pueblos habían olvidado su dignidad y ya no juzgaban de sí mismos, sino por las ideas que les inspiraba el opresor", dice Monteagudo. "Sociedad Patriótica", "El Grito del Sud", de noviembre 10 de 1812.

(35). En el prólogo que puso en dicha traducción se lee lo siguiente: "Entre varias obras que deben formar este precioso presente, he dado el primer lugar al Contrato Social, escrito por el ciudadano de Ginebra, Juan Jacobo Rousseau. Este hombre inmortal, que formó la admiración de su siglo, y será el asombro de todas las edades, fué quizá, el primero que disipando completamente las tinieblas con que el despotismo envolvía sus usurpaciones, puso en clara luz los derechos de los pueblos, y enseñándoles el verdadero origen de sus obligaciones, demostró las que correlativamente contraían los depositarios del gobierno", Doctrina Democrática", "B. Arg."

(36). "Observaciones didácticas", "Gaceta de B. A.", febrero 14 de 1812.

ya escrita en un período de "revisión de valores", y, por supuesto, de serenidad espiritual—: "El pacto social y otros escritos de este género, me parecían que aún eran favorables al despotismo." He ahí entonces cómo claramente comprendemos su proceso psicológico, cuando luego fustiga nuestra sociedad colonial — que sabemos tan sencilla y tan abierta —, y no sorprenda su fervor, v. gr.: "Sólo el santo dogma de la igualdad puede indemnizar a los hombres de la diferencia muchas veces injuriosa que ha puesto entre ellos la naturaleza, la fortuna, o una convención antisocial" (37). Luego dirá que el "activo labrador, el industrioso comerciante, el sedentario artista, el togado, el funcionario público, en fin..." (38), todos son iguales ante el derecho civil o natural; o ya que "el cetro y el arado, la púrpura y el humilde ropaje del mendigo no añaden ni quitan una línea a la tabla sagrada de los derechos del hombre" (39). Pero, a pesar de sus excesos teorizantes, de su afán democrático con terminalogía a la francesa: "ciudadano", "razón universal"... , yo no creo encontrar en el fondo de sus ideas el espíritu libre y caótico de un demagogo, como muchos repiten y pregonan. Es cierto que determinada vez dice: "Si alguno cree que porque preside la suerte de los demás o porque ciñe la espada que el estado le confió para su defensa, goza mayor "libertad" que el resto de los hombres, se engaña mucho, y este solo delirio es un atentado contra el pacto social" (40). Es cierto que cuando fustiga, como su padre espiritual Rousseau, al "déspota que atribuye su poder a un origen divino" (41), se alza trémulo de indignación, pero su demagogia se reduce a pedir el reconocimiento de que la "soberanía reside sólo en el pueblo", y también, ¡fijáos bien!, "de que la autoridad está en las leyes" (42), y, por tanto, que la constitución que los gobierne lleve el

(37). "Observaciones didácticas", "G. de B. A.", febrero 21 de 1812.

(38). "Observaciones didácticas", "G. de B. A.", febrero 14 de 1812.

(39). "Observaciones didácticas", "G. de B. A.", febrero 21 de 1812.

(40). "Observaciones didácticas", "G. de B. A.", febrero 14 de 1812.

(41). "Observaciones didácticas", "G. de B. A.", febrero 14 de 1812.

(42). "Sociedad Patriótica", "El Grito del Sud", noviembre 10 de 1812.

“sello de la voluntad general” porque de no serlo así sería injusta y tiránica. Su utopía igualitaria a veces se detiene y se serena en tales reflexiones: “Pero no confundamos la igualdad con su abuso: todos los derechos del hombre tienen un término moral cuya mayor transgresión es un paso a la injusticia y al desorden: los hombres son iguales, sí, pero esta igualdad no quita la superioridad que hay en los unos respecto a los otros, en fuerza de sus mismas convenciones sociales: el magistrado y el súbdito son iguales en sus derechos, la ley los confunde bajo un solo aspecto, pero la convención los distingue, sujeta el uno al otro y prescribe la obediencia sin revocar la igualdad” (43).

“¡Libertad, libertad sagrada, yo seguiré tus pasos hasta el sepulcro mismo!” (44), quien esto exclama, dejándose arrebatar en el vuelo del ditirambo, quien esto dice, y dice todo lo que siente y siente todo lo que dice (45), no olvida empero con visión profunda los destinos de la sociedad americana, y en 1812 — ya está en germen el pensamiento que desarrollará más tarde con serenidad de estadista —, expresa el peligro de que el sentimiento libertario postre de embriaguez y que el hombre “suelte la brida a sus caprichos y debilidades”, y esa “América que ha convertido su llanto en risa de un momento a otro...” (46), se entregue, con la seguridad exterior, a luchas y rencillas de partido, y el fantasma de la guerra civil, infecunda como el mar, se alce entonces en su seno.

(43). “Observaciones didácticas”, “G. de B. A.”, febrero 21 de 1812.

(44). “A las americanas del Sud”, “G. de B. A.”, diciembre 20 de 1811.

(45). Varias veces expresa teóricamente lo que en su acción se denuncia: “Tengo derecho a decir lo que pienso, y llegaré por grados a publicar lo que siento”, o ya en el “Crimen de lenidad” (G. de B. A., diciembre 27 de 1811): “Quizá se mirarán mis discursos como una sátira inútil contra nuestras costumbres, pero yo quiero decir lo que siento, aunque mi persuasión no iguale a mi celo”. Este pensamiento de Tácito, que arranca una chispa de la viril lira de Quevedo, Moreno lo pone como epígrafe en “La Gaceta de Buenos Aires”.

(46). “Observación”, “G. de B. A.”, enero 24 de 1812.

En el año 1815 (47), arranca una nueva época de la vida inquieta y turbulenta del universitario de Chuquisaca, del legislador en la Asamblea del XIII, del tribuno fogoso en la "Sociedad Patriótica", del periodista de "La Gaceta" o del "Mártir o Libre", del hombre, en fin, múltiple en su acción, unánime en su patriotismo y "lógico" en sus ideales.

Ese Monteagudo, de cálida fe en la virtud de las democracias y en la misión redentora de los hombres apóstoles que ceñirían en un mismo abrazo fraternal a la humanidad inerme (48), y que avizora en su magnífico optimismo arcádicas riquezas; ese Monteagudo, henchido de imprecisas abstracciones (49) y "románticos" ensueños, alimentados dentro de los muros de la Universidad de Chuquisaca; ese Monteagudo, a quien podría aplicársele en aquel entonces la frase de un inmortal poeta: "que aun no había conocido hombres" (50), puesto en contacto con la íntima realidad, tantas veces miserable, de los seres y las cosas — ideas partidistas suscitadas en el seno de la Junta, círculos aislados que derrumban todo ideal de solidaridad social, democracia degenerada en caudillismo —, tuvo lógicamente que variar de criterio y de conducta. Quizá en esa época careciese del don de la perspectiva, pero muy luego en Europa con el estudio de instituciones y conocimiento de individualidades su visión se dilata, se hace "más humana", y su entendimiento ad-

(47). Por la índole de este estudio no insisto, como lo dije en un principio, en la biografía civil de Monteagudo, en la faz "objetiva", por así decirlo, v. gr.: su extrañamiento y confiscación de bienes a raíz de la caída del General Alvear en 1815.

(48) "Mas no perdamos de vista que nuestra alma jamás tomará este temple de vigor y energía, mientras nuestro corazón no se interese en la suerte de la humanidad y entremos a calcular los millares de hombres existentes y venideros a quienes vamos a remachar las cadenas con nuestras propias manos si somos cobardes, o sellar con las mismas el decreto de su libertad e independencia, si somos constantes". "Patriotismo", "G. de B. A.", enero 3 de 1811.

(49). En determinada ocasión, por ejemplo, fustiga a los que combaten al que yerra y "no combaten el error". "Observaciones didácticas", "G. de B. A.", febrero 28 de 1811.

(50). Schiller, como nuestro Monteagudo, experimenta en el período universitario la influencia férvida de la revolución francesa; la corriente social y humanitaria quisola llevar al campo del arte: produce "Los Bandidos", obra preñada de ensueño juvenil y de utopía; de ahí su frase precitada.

quiere noble peso y serenidad de juicio, que se manifiestan en el estilo y sobre todo en la idea que lo entraña.

Una vez en su ardorosa juventud dijo: "... Y veo que un solo individuo es tan diferente de sí propio según las circunstancias como lo es de los demás en razón de su varia organización". Observamos, en esta su segunda época, que las circunstancias han variado, influyendo con lógica precisión en su ideología. Aquel "caso patológico" que llegó a estudiarse a la luz de una lámpara de laboratorio, adquiere para mí una serenidad y alteza espirituales, que a veces me recuerda en su estoicismo a los más nobles ejemplos de la historia (51).

"Yo no escribo para inflamar pasiones ajenas, ni para desahogar las mías: un sentimiento de respeto a la opinión de los hombres, me obliga a interrumpir el silencio con el cual he contestado siempre a las declamaciones del espíritu de partido y a los argumentos del odio", pone en la primera página de su *Memoria*, que la posteridad debe considerar como un alto testamento ciudadano; luego añade este pensamiento, que Sócrates pudo haberlo pronunciado en su *Apología*, de seguro tan "idealizada" por Platón: "... Y doy por última garantía de mis intenciones, la protesta de prescindir enteramente de los que, a fuerza de prodigarme injurias, han creído envenenar mi ánimo, y hacerme perder esa inapreciable tranquilidad que no depende de la conciencia de mis enemigos, sino de la mía."

Veamos el cambio trágicamente definitivo de su pensar. "Cuando llegó al Perú, dice, el ejército libertador, mis ideas estaban marcadas con el sello de doce años de revolución. Los horrores de la guerra civil, el atraso de la carrera de la independencia, la ruina de mil familias, sacrificadas por principios absurdos, en fin, todas las vicisitudes de que había sido espec-

(51). Lo triste del caso es que la leyenda adquiere por su misma romántica imprecisión, un carácter de verdad tan profundo que logra sobreponerse y aún triunfar de la "verdadera historia"; digo que es lo triste, porque el Monteagudo que la mayoría contempla es aquel versátil y tornadizo, "mulato sanguinario" o "erótico amoral" que para apagar su sed física descuaja, como un moderno Rolando con las cenizas legendarias, trozos de hielo andino. No pretendo quitarle prestigio a la leyenda, minero inagotable que cuando expresa poesía "es más verdadera que la historia", lo dice Aristóteles y lo repite Juan Bautista Vico, pero cuando engendra calumnias y falsedades es un deber disiparla, deber patriótico en este caso.

tador o víctima, me hacían pensar naturalmente, que era preciso precaver las causas de tan espantosos efectos." Considera necesario dominar con puño férreo la democracia, para que no se alce en mal hora hirsuta y multiforme y desgarré, como así fué el seno rumoroso de América. Estudia la tierra peruana: "la moral del pueblo, el estado de su civilización, la proporción en que está distribuída la masa de riqueza...", y concluye considerando su falta de preparación cultural para recibir un gobierno democrático; agrega que tal país requiere un conductor firmísimo, con poder suficiente para no naufragar en las asambleas o congresos y subsistir en el tiempo con la desventaja que ofrece toda nueva institución, carente de un pasado tradicional donde apoyarse y de experiencia propia para salvarse. Con la visión puesta en lo futuro, visión profunda de estadista y de sociólogo, discurre: "... Entonces desplegarán las varias razas de aquella población el odio que se profesan y el ascendiente que adquieran por las circunstancias de la guerra: entonces el espíritu de localidad se presentará armado de las quejas y resentimientos que tiene cada provincia contra otra; y si el gobierno no es bastante vigoroso para mantener siempre la superioridad en tales contiendas, la anarquía levantará su trono sobre cadáveres, y el tirano que suceda a su imperio, se recibirá como un don del cielo, porque tal es el destino de los pueblos, que en ciertos tiempos llaman felicidad a la desgracia que los salva de otras mayores (52).

¿Pero acaso algunos pudieran no convencerse y seguir creyendo que Montecagudo "cantó la palinodia" y olvidó al pueblo que antes había incensiado por ambiciones personales de un poder dictatorial? (53). El nunca llegó a considerar como Pla-

(52). Para demostrar el cambio de sus ideas con respecto a los ejecutivos colegiados, me sería fácil reseñar y con "color local" como surgió dicha forma de gobierno a raíz de la revolución francesa y como en la realidad — recuérdese nuestros ensayos gubernamentales — fracasó dicho sistema y del auge, en fin, que adquirió en Europa, influencias de la Santa Alianza, la forma constitucional vilipendiada.

(53) Elocuentemente ante el posible ataque de su "época", expresa: "El segundo principio que seguí en mi administración fué restringir las ideas democráticas, bien sabía que para atraerme el aura popular, no necesitaba más que fomentárlas". "Memoria", op. cit.

tón (54), que el ideal democrático fuera irrealizable; firmemente creía que en aquel entonces lo era, por las causas manifestadas en su *Memoria*, y que sería entregarse a un caótico destino en ofreciendo al pueblo inculto, sin noción de sus deberes y derechos, tal gobierno. Que se levante el espíritu popular, dice, ¡fijáos bien!, para que el gobierno de la plebe medre. Insiste perennemente, idea fija en su vida trashumante, para que se abran bibliotecas, se funden ateneos de enseñanza superior, pues “yo creo, exclama, que el mejor modo de ser liberal, y el único que puede servir de garantía a las nuevas instituciones que se adopten, es colocar la presente generación a nivel con su siglo, y unirla al mundo ilustrado por medio de las ideas y pensamientos, que hasta aquí han sido prohibidos, para que la separación durase más (55).

VI

La fe en la grandeza futura de la patria, en su magnífico destino, fué una fuerza poderosa, dice el doctor Juan A. García (56), en nuestro pasado colonial, que nutre de arrogante aplomo, no exento de cierto énfasis, a la conciencia colectiva que se forma. De seguro que las palpitaciones de la “Gran aldea” respondían, no niego los atributos innatos y eternos de la raza, a un fenómeno universal. En la segunda mitad del siglo XVIII en Francia los pensadores representativos creían, ingenuamente, en lo que se llamó “la ley del progreso indefinido”. Condorcet escribió un concienzudo trabajo con tal efecto, y luego Mme. de Stael en el campo estético considera que las manifestaciones del entendimiento humano conquistan, por causas cronológicas, una perfección cada día más pura y luminosa. Por supuesto que la sociología, considerada particularmente como ciencia, no quedó atrás en esas traviesas conclusiones.

Monteagudo alimentado, aunque lo fuese periódicamente,

(54) “La República”.

(55). Esta faz educacional de Monteagudo, interesantísima por cierto, lo vincula a Sarmiento, aquel gran educador de pueblos que supo, como en el verso de Almafuerte, “sembrar abecedarios”.

(56). “La ciudad indiana”, op. cit.

con tales escritos, no podía a su turno dejar de exclamar: "La marcha del género humano hacia la perfección de sus instituciones es lenta y progresiva: ningún pueblo puede precipitarse impunemente ni contrariar el espíritu del siglo, que es el termómetro para conocer el grado de su civilización" (57), y transcribe el verso de Voltaire:

Le monde avec lenteur marche vers la sagesse.

Este razonamiento frío del hombre de gabinete luego se vivifica con la fuerza de la raza, latente en el pecho del ignaro payador cuando entona sobre la paz libérrima de nuestras pampas o la patriarcal de nuestras ciudades:

.....

Silencio! que al mundo asoma

La gran Capital del Sud.

Monteagudo, altivo criollo, también canta — aunque viese desangrándose el nativo terruño y sintiese lacerado su corazón de hombre — las futuras virtudes de la patria; a fe que lo hace con fervorosa elocuencia, y aun con el fastidioso "criterio relativo", de veras admirable. Oído un instante que sentiréis palpitar la pródiga entraña de la tierra americana recién abierta al beso solar: "Nosotros estamos en nuestra aurora, la Europa toca su occidente; y si las tinieblas se apresuran a envolverla, para nosotros amanecerá un día puro y risueño: ciudades numerosas saldrán del seno de estos desiertos inmensos: nuestros buques cubrirán los mares, la abundancia reinará dentro de nuestros muros y no se verán sobre nuestros altares y en nuestros tribunales, sino dos palabras: humanidad y libertad" (58). En 1812 en la "Sociedad Patriótica" vislumbra la imagen de la patria, tal cual fuera más tarde consagrada por el cantor de nuestro himno: "Ciudadanos, agotad vuestra energía y entusiasmo hasta ver la luz patria coronada de laureles y a los habitantes de la América en pleno goce de su augusta y suspirada independencia" (59).

Dije, hace un instante, que ese su optimismo en el sentimiento de patria no se había enfriado con los infortunios que

(57). "Memoria", op. cit.

(58). "Política", "El Mártir o Libre", mayo 4 y 11 de 1812.

(59). "Oración", op. cit.

como hombre y ciudadano sobrellevó. En algunos párrafos de su obra se presienten estados de ánimo, interesantísimos por cierto, y que revelan en medio de disquisiciones sociales o políticas, la tragedia, tantas veces dominada, de un dolor individual. En el "Paréntesis a las observaciones didácticas" nos sorprende con esta confesión: "...Y acaso mi propia complexión dispuesta más bien a meditaciones sombrías que a discursos enérgicos, me ha estimulado en estas últimas noches a sepultarme en el silencio de mi alma..." (60); luego en la "Memoria" donde suelta todo su sentir viril, hablará casi sin quererlo, incidentalmente, de "sus enormes padecimientos".

VII

¿Cuál fué la pasión dominante, el "carácter esencial", como diría Taine, de Monteagudo? Parece encontrarlo en su amor fervoroso de gloria, manifestado en todas las épocas de su vida, desde su acción en el Río de la Plata, hasta su muerte en la ciudad de los Virreyes. Su temperamento exaltado de ciudadano y de hombre se complace con tal imagen, y desea perennemente adueñarse de sus rayos. Palanca poderosa que movió su pensamiento y llenó de áureas sonoridades su verbo. En 1811 ya dirá: "El que no tenga esa virtuosa ambición de la gloria, dulce recompensa de las almas grandes no puede ser patriota..." (61). La avizora como una fuerza social para levantar los espíritus a las regiones del sacro patriotismo: "Bien sé que hay muchas almas generosas que desembarazadas de todo sentimiento servil, no tienen otro impulso que el amor a la gloria: éstas no necesitan sino de sí mismas para hacer cosas grandes" (62).

Su educación clásica lo lleva, frecuentemente, a recorrer los fastos de la historia: se conmueve ante las Termópilas insignes, ante los Aristides, Themístocles, Fabios y Camilos, y vislumbra en la frente de los grandes el talismán luminoso de la patria:

(60). "Gaceta de B. A.", marzo 28 de 1812.

(61). "Patriotismo", "G. de B. A.", enero 3 de 1811.

(62). "Patriotismo", "G. de B. A.", enero 3 de 1811.

“Al gobierno toca mover este resorte, estimulando el amor a la gloria, la noble ambición y ese virtuoso orgullo que ha producido tantos héroes...” (63); y de seguida en un magnífico arranque lírico exclama: “Corramos a la gloria y proscribamos de nuestra lista nacional al cobarde que huya del peligro, o al ingrato que prefiera la esclavitud. Si alguno abandona a la patria en estos conflictos, precipitémosle de la roca tarpeyana cargándolo de eternas execraciones” (64). Luego en la ya tantas veces citada *Memoria*, donde hemos visto que su pensamiento se engrandece con vuelos de cóndor andino y una virtud ética constantemente lo aroma, no dejará de acariciar y de volcar su anhelo en la copa con frecuencia consagrada: “... Conocí que se me abría un vasto campo de gloria y de peligro. Confieso que amo la gloria con pasión, y que los peligros, después de catorce años que he vivido en ellos, han perdido para mí el prestigio que los hace formidables.”

VIII

“El verdadero estilo nace, dice Guyau, del pensamiento y del sentimiento mismos” (65).

Conocemos la educación de la generación de Mayo: la influencia silogística y retórica que trasciende de los escritos de la época, que sólo en muy raras excepciones dejan entrever al “hombre”, como dijo Pascal y repitió Emerson, rompen con la expresión reaccionaria e imponen el sello del entusiasmo cívico. Nuestros poetas y prosadores educados en motines populares, en juntas y asambleas, debieron sentir, por tanto, el alma de la raza que movía su voluntad en el partido decisivo, allí donde se arriesga la vida con la idea; pero al exteriorizarse por medio del verso o de la proclama, en la página o en el ágora, ese su patriótico sentir, lo hacen trabajosamente porque los unos calzan el coturno trágico — ya amplio o estrecho para los peninsulares, más bien dicho, para la Europa del siglo — y los otros

(63). “Pasiones”, “G. de B. A.”, enero 10 de 1812.

(64). “El Editor”, “Gaceta de B. A.”, enero 17 de 1812.

(65). Guyau, “El arte desde el punto de vista sociológico”.

se arrastran en el período rancio, arcaizante, olvidando todos que la alpargata criolla les conduciría mejor al anhelado puerto. Frío el "Triunfo Argentino" del patricio ilustre, porque se pretende disfrazar nuestro claro sol con celajes virgilianos; frío también sería el himno si su alto concepto, a veces pedestremente expresado, no se integrase con el sentimiento colectivo de la patria, y si en sus estrofas no se abrevase, a favor de un auspicio eterno, la sed espiritual de unos hombres que no se satisfacían ni con las aguas del copioso Plata.

Varió el contenido político y se conservó la rutinaria expresión verbal enseñada en los textos jesuíticos de la Universidad de Córdoba o en los "círculos" de Buenos Aires, durante el flamante virreinato. Años transcurrirían antes de lograr la independencia de tal tutela y ser relativamente libres, puesto que entonces entregamos al espiritual amparo de Francia nuestro sentir, por más que la pampa se iluminase con el romántico verbo de Echeverría (66).

Detengámonos a considerar el elemento formal de la prosa de Monteagudo, en su relación sentimental e ideológica. ¿Cuál fué su "estilo"? Conocemos su educación, racionalista y clásica: la "verdad" intelectual que imponía la primera y el rígido canon estético la segunda (67). Sin embargo, nuestro revolucionario consigue independizarse paulatinamente de su cultura rigorista y abrir una brecha para volcar su corazón de hombre y de patriota. Es cierto que exalta al "trono ciudadano" de la razón, tal como un francés del siglo XVIII que hubiera pasado por España, pero latente conserva el sentimiento que hablará más tarde, con lenguas de fuego, a la muchedumbre enardecida — cuando pudiera aplicársele el dictado ético de Quintiliano: "Vir bonus dicendi peritus" —, y que expresará a las "Améri-

(66). Tema amplísimo que pertenece al terreno propiamente estético que al histórico, y que no puedo reseñar por menudo en esta oportunidad.

(67). Observamos aquí y allí en su estilo ciertas reminiscencias, no sólo de los escritores clásicos sino también de los modernos: al referirse en 1812 (Paréntesis a las observaciones didácticas, "Gaceta de B. A."), a Fernando VII, el "Deseado", emplea el famoso apóstrofe de Quintana a Nelson: "Inglés te aborrecí, y héroe te admiro" (oda al combate de Trafalgar), con estas palabras: "Como a hombre yo le compadezco, y su inocencia me estremece: pero como a rey..."

canas del Sud" que la "sensibilidad es atributo de la especie" o que "muy luego se persuade el entendimiento cuando se interesa el corazón (68).

Si no pecara de atrevido, ni atentase la cronología, o ya, gravemente, la solemne división de las escuelas culturales, consideraría a Monteagudo más bien "romántico" que clásico, o pseudo-clásico, como mejor se quiera (69).

¿Pero acaso el romanticismo no se caracteriza a grandes rasgos por un hondo sello individual, subordinación de la razón al sentimiento, fe en el amor, religión y patria, y por un anhelo nacionalista impuesto en los diferentes países donde aquél actúa? Observamos que nuestro Monteagudo, "terrible liberal" o "sanguinario demagogo" se acerca en muchos puntos a dicha escuela, por lo cual sería entre nosotros su precursor: tuvo calor individual; lírico sentimiento de ondas oceánicas que si no se vuelca en el cauce religioso, inunda en cambio el mundo de Colón, refleja su pasado y en el bien y la verdad la fuerza omnipotente; pasión digna de un héroe byroneano que no rehuye los peligros y humilla con su vuelo a los picachos andinos y con su empuje a los hombres; y luego ante el ideal abstracto de la fraternidad humana, sin tierra y sin patria, sabe oponer la virgen tierra aborigen, copiosa de tradiciones y riquezas, y la inmensa visión de patria americana.

Alcemos simulacros en nuestras plazas y votos en nuestros corazones a la memoria de Bernardo Monteagudo: prócer inicial de la gesta de Mayo, que barrió en ademán magnífico opresiones a su paso, cantó la libertad, amó a su semejante y encontró en la cívica jornada, aviesa muerte — quizá su gloria — en la ciudad de Santa Rosa.

Jorge M. Rohde.

Septiembre 24 de 1917.

(68). "Gaceta de Buenos Aires", diciembre 20 de 1811.

(69). Este vocablo "romántico", tan elástico en su significado, fué introducido en Francia por Mme. de Staél después de un viaje que ésta realizó a Alemania: deslumbrada con todo lo grande que había detrás de la "muralla china" quiso definir así la nueva escuela que se imponía al mundo, Mme. de Staél, "De l'Allemagne", 1810-13.